

## Capítulo 2

### Miniaturas Palau

#### Año 1972

Amar algo en esta vida, siempre o casi siempre, está relacionado con el conocimiento sobre esa cosa apreciada. Se ama lo que se conoce, dicen en algún lugar. José, tiempo atrás, se había acercado un poco a disfrutar de algún que otro conocimiento sobre la historia del Sahara español. De eso ya hacía muchos años. Y sin duda, ese acercamiento emocional a un territorio enigmático, lleno de arena, vientos extraños y noches repletas de estrellas influyó en la decisión de acoger al niño saharauí. Él había tenido más o menos una idea sobre el desierto ya desde su infancia. Estaba al corriente, por ejemplo, de que había formado parte de los territorios de ultramar del Estado español. Sabía también que se conocía como Sahara Occidental y que se había considerado la provincia española número 53. O al menos, así se decía. Allí se matriculaban los coches como en cualquier otra parte de España, teniendo las iniciales «SH» como el indicativo provincial de los turismos, y se enseñaba y hablaba el español en las escuelas. Todo como en cualquier otro pueblo o ciudad del país.

Tal vez esas nociones tienen la misma antigüedad que sus paseos por las calles de Barcelona, cuando la calle Pelayo y Miniaturas Palau habían pasado a ser la parte mágica de su nuevo mundo. Toda esta información o gran parte de ella la obtuvo de un buen profesor. El magisterio que desarrolló su maestro fue limitado en

A pesar de haber estudiado el sistema métrico decimal en el colegio, José desconocía (o al menos no controlaba del todo) el conocimiento sobre esas formas de medir. En general, aquellos recipientes estaban ordenados, pero no siempre. De forma que, en alguna ocasión, confundía los volúmenes. Eso le provocó más de una situación embarazosa. Sobre todo cuando era sorprendido por el Sr. Enrique, dueño de La Ginesta, que le había contratado para hacer de aprendiz de camarero en horario de comidas y de bodega en las demás horas que alargaban su jornada laboral.

En las ocasiones en que se ponía nervioso y se equivocaba ante aquella adolescente que, a fin de cuentas, lo único que hacía la pobre chica era pedirle el vino en octavos y cuartillos, José se ruborizaba y sus manos temblaban como si de hojas de jaramago mecidas por el viento se tratase.

—¿Qué, ya estamos otra vez? —le decía el señor Enrique—. Ya te lo he dicho varias veces... Un cuartillo no es un cuarto de litro, entérate ya. ¡Coño! No es que quiera echarte la bronca, sé que te pones nervioso cuando está esa chica, pero a mí me haces perder dinero, y de enamorar a esa mocosa vete despidiendo, si sigues así de despistado. Pensará que eres tonto. ¿Entiendes?

Aquellos primeros días cosechó fracaso tras fracaso, tanto en las medidas de volumen como en las sumas que hacía para cobrar las consumiciones de los clientes. Era evidente que le habría hecho falta un poco más de escuela. Sin embargo, era muy trabajador, siempre dispuesto a hacer cualquier tarea, y atento con la clientela. Creo que estas aptitudes tenían robado el corazón del señor Enrique. De no ser así, otro gallo habría cantado. En tales circunstancias, José lo que más deseaba era acabar rápido por las noches, ir a su casa y tener la suerte de que su hermano Paco no estuviera dormido, y así poder hacer algunos repasos de sumas, restas y multiplicaciones con su ayuda. Aún hoy día puede recordarse a sí mismo repasando mentalmente en la cama, antes de dormirse, todo lo referente al sistema métrico decimal.

La casa donde vivían José y su hermano Paco estaba muy cerca de donde trabajaban. Si desde La Ginesta hubiesen tirado una

pedra con una honda hasta su domicilio, aun habiendo tenido los ojos tapados con una venda, seguro que les habrían dado a las vidrieras del café-bar Céntrico que ocupaba los bajos del edificio donde estaba su casa. Estaba justamente en la puerta contigua a este café que, de forma privilegiada, ocupaba las confluencias de las calles Tallers, Ramalleras y Jovellanos. Un verdadero privilegio. Vinieses de donde vinieses siempre encontrarías de frente aquel establecimiento. Los dos hermanos vivían como realquilados en el tercer piso de aquel inmueble. Sí, era el tercer piso; pero en realidad se tenía que superar en su ascenso diario el llamado rellano, la planta, el primero, el segundo y, finalmente, el tercero. En realidad, cinco pisos y sin ascensor. Toda una proeza subirlos de noche y sin luz, debido a las horas a las que José llegaba regularmente. Cuando llegaba a su vivienda, todo estaba apagado, ni una sola luz en toda la escalera.

—Es tan oscuro como la boca de un lobo —le había dicho alguna vez a su hermano.

Su hermano Paco no sólo compartía con él la habitación de aquella vivienda de la calle Ramalleras, también compartían el lugar de trabajo. Sin embargo, no coincidían en el horario. Paco empezaba a trabajar antes que José y, por supuesto, acababa más pronto, sobre las diez de la noche. Cuando el uno volvía de madrugada, salvo raras ocasiones, el otro ya dormía.

Cada noche o, mejor dicho, cada madrugada cuando acababa su jornada, el jefe candaba las puertas de la Ginesta y José, bajo la atenta mirada del señor Enrique, se dirigía a su cercano domicilio. Era un gesto de responsabilidad de aquel buen hombre. En cambio, los otros compañeros, que eran mayores, aunque ninguno rebasaba la veintena, dirigían sus pasos hacia la Rambla de Canaletas, muy cerca de allí.

La posibilidad de dar un paseo por las Ramblas y a aquellas altas horas de la noche, era, por así decirlo, una oportunidad de ocio para aquellos chicos. Ellos, a pesar de no cumplir el requisito de la mayoría de edad, que por aquellos años estaba establecida en los veintiuno, podían saltarse discretamente esa norma, aunque co-

rriesen el riesgo de ser detenidos por la Brigada de Orden Público, como les ocurrió una vez. Afortunadamente no sucedió nada. Cuando dos policías secretos, en plena Rambla, pararon e intentaron identificar al grupo de jóvenes pidiendo su carnet de identidad, casualmente pasaba por allí, de paisano, un cliente habitual del restaurante. Este conocido cliente era sargento de la Guardia Civil e intercedió por ellos. Se identificó a los policías de la Brigada de Orden Público y charló un rato con ellos de forma distendida y avalando el correcto proceder de estos chicos, y explicando las condiciones laborales de los muchachos, que impedía otras horas más correctas de diversión.

Aquella vez salieron bien librados gracias al señor Miguel, el guardiacivil viudo y retirado del cuerpo desde hacía unos años. Tenía el escalafón de sargento, un grado alto en la jerarquía militar de aquella época. Aquel guardiacivil conocía bien a todos los chicos porque iba a cenar cada noche a La Ginesta. De no haber sido así, quizá habrían acabado en las dependencias de alguna comisaría de policía.

Las Ramblas de Barcelona, a aquellas horas, no eran aptas para menores de edad. Era el paseo más cosmopolita de Barcelona: te podías encontrar todo lo más extraño y exótico en aquel rincón del mundo. Marineros de la VI flota americana, putas con los labios pintados de rojo y bolsos del mismo color colgados del hombro izquierdo, noctámbulos de cualquier país y condición, y jóvenes universitarios en noches de farra. Todos iban y venían como en un enjambre de colores. Los quioscos de flores y pájaros que flanqueaban todo el paseo llenaban de vida aquel lugar. Unos, con el olor de plantas y adornos de múltiples variedades, y otros, con el color de las plumas de pájaros raros. El bullicio de aquel microcosmos se perdía justo en las dársenas del puerto, poco después de haber pasado la estatua de Colón. Toda aquella zambra heterogénea rebosaba vida, colorido y sonidos babélicos. Así eran las Ramblas de Barcelona hasta las primeras horas de la madrugada, en que aparecían los servicios municipales de limpieza con sus desmesuradas mangueras de agua a presión, sus escobas de esparto trenzado

y sus uniformes grises cenicientos en forma de chubasquero. En unas horas dejaban todo el paseo limpio como una patena. Listo para una jornada más.

Cuando los compañeros de José desaparecían en dirección a un mundo de luces y colores, él se quedaba solo; su entorno se apagaba y se reducía de forma drástica y, tras caminar unos metros hasta el portal de su vivienda, enfilaba las escaleras ocultas por la soledad más triste y lúgubre. Tenía una pequeña linterna para alumbrar los rellanos de cada piso. A veces no funcionaba, y entonces todo era oscuridad. Sus sentidos se despertaban. Podía oír la caída de los desconchones de cal al rozar el suelo y oler la humedad y el salitre de algunas zonas de la pared. Aquel olor le recordaba a la fábrica de nitrato de Chile, donde había trabajado su padre una temporada. El sonido que prevalecía durante todo el tiempo que duraba el ascenso hasta su casa era el silencio. Un silencio abrumador. Solo interrumpido de vez en cuando por los traspies que daba cuando pisaba algunos de los desniveles que había entre los escalones.

Por fin llegaba a la puerta de su piso. Abría torpemente y, casi siempre, aquel ruido de llaves que generaba despertaba a la Sra. Mercedes, su casera.

—Buenas noches, José —decía desde la habitación del fondo.

—Buenas noches, perdone que la haya despertado. Es que estas llaves...

—No importa, no te preocupes. Los viejos casi no dormimos. Acechamos la noche, por si acaso... Te he dejado una manta más sobre tu cama por si tienes frío.

—Vale —contestaba José—. Muchas gracias y buenas noches.

Finalmente, entraba en su habitación tras atravesar un pequeño comedor. Había dos camas, en una de estas su hermano ya estaba dormido. Cuando la suerte le acompañaba y su hermano no dormía aún, le pedía que le ayudase en sus ejercicios del sistema métrico decimal.

La casa de la señora Mercedes siempre olía a limpio. La casera utilizaba un detergente para la ropa que impregnaba todo el cuarto dejando un aroma agradable. Nunca llegó a identificar de qué